

**CONSTRUCCIONES MEGALITICAS EN EL
TERRITORIO CHIBCHA**

SYLVIA M. BROADBENT

En vista de la conocida rareza de la utilización de materiales líticos para construcción en la región Chibcha o Muisca de Cundinamarca y Boyacá, parece importante presentar aquí unas informaciones, aunque sean preliminares, sobre un descubrimiento reciente en el Municipio de Guatavita, Cundinamarca.

En la vereda de Tominé de Indios o de Santa Bárbara, de este Municipio, se encuentran unas estructuras curiosas, en forma de cámaras subterráneas, más o menos redondeadas, cavadas bajo grandes rocas areniscas que sirven de techo. Están ubicadas a una altura de 2.600 metros aproximadamente sobre el nivel del mar, en dos cerros al sur de la Quebrada de los Guarapos y cerca a la escuela nueva de la vereda (lat. 4° 57', long. 73° 51' 50"). En el cerro más al Sur, hay por lo menos tres de estas estructuras (números 6, 7 y 8); en el del Norte, por lo menos cuatro (números 1, 2, 4 y 5). Estas últimas se han estudiado más detenidamente que las anteriores.

La mayoría de las rocas de techo parecen ser roca flotante natural del cerro, en su posición normal; la construcción consiste principalmente en cavar una cámara en el subsuelo debajo de una roca apropiada, aunque hay otras características que se mencionarán más adelante. La parte superior de estas rocas es muy irregular, erosionada y en forma apanalada, con miles de huecos pequeños redondeados. La cara de abajo —o sea el "cielo raso" de la cámara— es más o menos plana. No obstante, hay dos casos con techo de otra clase, incluyendo lajas grandes planas de ambas caras, cuya posición parece ser intencional sobre las cámaras subterráneas. Estas lajas tienen dimensiones de casi dos metros de largo, más de un metro de ancho y cuarenta centímetros de grosor. El techo del número 1 consta de tres lajas de tal clase; el del número 8 tiene una roca

natural, frente a la cual se ha colocado una laja para cubrir la parte delantera de la cámara.

Las cámaras situadas debajo de las rocas tienen claramente un origen humano. Sus paredes, generalmente de greda amarilla natural, son más o menos verticales, y, en algunos casos, todavía es posible distinguir algunas huellas de los instrumentos con los cuales se cavaron. El tamaño de las cámaras varía entre 1 m. 50 cms. a 3 m. 50 cms. de largo, 2 m. a 3 m. 25 cms. de ancho, y 1 m. a 1 m. 50 cms. de altura.

La forma básica, entonces, es de una cámara cavada en la tierra debajo de una roca o rocas grandes, en su posición natural o traídas y colocadas por mano humana. Pero varias de estas estructuras tienen otras características de mayor interés: incluyen lajas verticales de la misma roca arenisca, de 1 m. a 1,50 mts. de altura, 50 cms. a 1 m. de ancho, y aproximadamente 15 cms. de grosor. En el número 1, estas lajas verticales están puestas a los lados del interior, cinco a la izquierda desde la entrada y 2 (más 2 caídas en el piso) a la derecha. En el número 4, hay tres lajas en la abertura, enmarcando una entrada, una a la izquierda y dos a la derecha. El número 2 tiene dos lajas de manera semejante a la entrada misma, y, además, cuatro afuera, dos a cada lado de un pasadizo estrecho antes de llegar a la puerta. El número 8 tiene dos lajas verticales al borde delantero de la gran laja horizontal ya referida.

La presencia de las lajas verticales en estas estructuras las asemeja a dólmenes de tipo europeo. Pero hay que anotar que en este caso, las verticales no parecen sostener el peso de la piedra horizontal, que sería de varias toneladas. Son muy livianas y delgadas para este fin; además, en algunos casos no alcanzan al techo. Sus funciones parecen consistir en la protección de la entrada y el mantenimiento de las paredes de tierra, así como también para fines de adorno o por lo menos para mayor claridad. El peso del techo parece mantenerse por la tierra misma en la que se excavó la cámara. Aunque no son dólmenes en el sentido clásico, parecen merecer la denominación de estructuras megalíticas por la utilización de piedras pesadas de gran tamaño en su construcción.

Otra característica de interés es la presencia, en algunos casos, de calafateadura con una mezcla de greda amarilla y piedras punteagudas. En el número 1, esta mezcla rellena las

aberturas entre los bordes superiores de las lajas verticales y el techo; en el número 2, se utilizó de modo semejante para las lajas portales, y además se nota su presencia en la parte de afuera de la laja portal de la izquierda. Entre esta laja y la primera del pasadizo, existe un pequeño nicho irregular, con una pared de fondo formada por tierra gris y unas piedras que parecen estar colocadas en posición horizontal a manera de ladrillos. Rellenando el rincón entre este nicho y la laja portal, hay una masa formada por mezcla gredosa, cuyo color contrasta fuertemente con el de la tierra superficial de afuera. La presencia de esta calafateadura también indica el origen humano de las construcciones.

Los pisos de las cámaras son de tierra o barro, con unas piedras sueltas. En la primera visita observamos que unas contenían lagunas de agua; después de unos meses de verano se drenaron, aunque no se secaron por completo. Los dueños del terreno han hecho pequeñas excavaciones en el interior de dos, sin encontrar restos de ninguna clase, según sus informes. No se encuentran tiestos, huesos, ni artefactos en estos huecos ni en la tierra que de ellos fue removida; pero en uno se nota que el piso consiste en un nivel de tierra gris de 10 a 25 cms. de grosor, sobre un subsuelo de greda amarilla. Algunos trabajos de limpieza en el pasadizo del número 2 produjeron 11 tiestos de la clase *Chibcha Clásica* (Broadbent, 1962: 345) y 42 de diferente clase con una pasta roja y compacta con desgrasante de algún mineral blando y gris y una superficie lisa pero no propiamente pulida, sin pintura. Esta última clase se ha encontrado en otros sitios de Guatavita y en otros Municipios, en colecciones superficiales y excavadas, asociada casi siempre con la *Chibcha Clásica*. Además de estas dos clases, hay 16 tiestos de pasta distinta, pero en ningún caso se parecen a la cerámica moderna.

Según informes de los habitantes del lugar, hace muchos años padres jesuitas practicaron unas excavaciones allí y abrieron unas cámaras. No obstante, otra información parece indicar que unas han quedado abiertas desde hace mucho tiempo. Una señora anciana, habitante de los contornos, dijo que se habían utilizado para esconder personas perseguidas "en las revoluciones", seguramente refiriéndose a la "Guerra de los Mil Días". Esto quería decir que tales cámaras existían abiertas y

accesibles desde hace casi setenta años; pero parece muy improbable que hubieran sido construídas en ese entonces. Fuera de la evidencia de la cerámica prehistórica del pasadizo del número 2, conviene advertir que hubiera significado mucho trabajo alistar tales construcciones en corto tiempo para esconder a unos pocos hombres.

No se sabe cuáles eran las funciones de estas estructuras. Su significado queda casi por completo a oscuras. Tal vez fueron muy incómodas para vivienda, por su poca altura; un adulto no puede pararse adentro. Además, la ausencia de restos culturales en el interior es argumento que se opone a esta interpretación. Es posible que fueran adoratorios o lugares de prácticas religiosas, aunque los cronistas no mencionan estructuras sagradas de este tipo de construcción al tiempo de la Conquista. Lo que más sugieren son las tumbas de los caciques, preparadas según Castellanos (1886:1:63) desde su instalación. La ausencia de restos también parece contradecir esta sugerencia, pero en este caso hay una explicación posible si han quedado abiertas por largo tiempo. En los primeros decenios de la Colonia, los españoles buscaron "santuarios" de los indígenas, con dos fines: extirpar la religión precristiana y obtener los ofrecimientos de oro y esmeraldas. Los objetos buscados incluyeron "los huesos del cacique viejo que tienen por santuario", como pasó en el pueblo de Iguaque en el año de 1595 (Archivo Nacional de Colombia, Fondo de Caciques e Indios, tomo 58 ff. 22v-23v, 25r-26v); los encontraron en una cueva cerca al pueblo viejo, junto con sus envolturas de redes y mantas podridas, y un "apretadorcillo" de oro. Los llevaron al pueblo, y quemaron todo —menos el "apretadorcillo"— en la plaza frente a la iglesia. Si las estructuras de Guatavita eran tumbas de caciques, es posible pensar que se sacó todo su contenido en el primer siglo después de la Conquista.

Encima del cerro, más al Norte, se encuentra otro objeto de algún interés. Consiste en una roca grande con un hueco aparentemente natural adentro, parecido a una cueva pequeña. El hueco es estrecho y difícilmente deja entrar el cuerpo de una persona, pero su fondo queda debajo del nivel de la tierra de afuera y es posible pararse dentro. Localmente se llama "El Horno", y es verdad que el techo del hueco muestra un ennegrecimiento debido quizás al humo. No obstante, el hueco parece

contener únicamente rocas sueltas y pedazos de metal moderno, probablemente echados adentro por los niños de la escuela cercana. Un ligero pulimiento de la superficie en la parte más estrecha de la entrada también podría explicarse por juegos infantiles. Un sondeo abajo del detritus sólo produjo tierra limpia de la misma clase de greda amarilla encontrada en el subsuelo de las estructuras, sin indicación de restos culturales.

Son pocos los indicios de habitación en las cercanías inmediatas a las estructuras, pero no muy lejos existen por lo menos tres lugares donde se encuentran fragmentos de cerámica. Uno está al pie del cerro más al Norte y los otros dos en las orillas de una quebrada al norte del cerro. Los tiestos incluyen cerámica moderna de varias clases, inclusive el pedernal; esto no es de sorprender, pues hay casas ocupadas a poca distancia. Las colecciones superficiales de los tres lugares también incluyen tiestos de la clase *Chibcha clásica* y de otras clases presumiblemente prehistóricas. Además, se han encontrado instrumentos toscos de piedra, hechos por el sistema de percusión, parecidos a los encontrados por Haury y Cubillos (1953:78-80) en las terrazas cercanas a Tocancipá. Estos restos todavía no se han estudiado detenidamente, y su descripción la haremos en otra oportunidad.

Agradecimientos.

Quiero presentar mis profundos agradecimientos a las entidades y personas siguientes: The Council for Research in the Social Sciences of Columbia University, Nueva York; al Instituto Colombiano de Antropología; a los Reverendos Padres Miguel Luna y Carlos Villate, este último Párraco de Guatavita; y al señor Joaquín Camacho y familia, también de Guatavita.

REFERENCIAS

- BROADBENT, SYLVIA M., 1962.—Investigaciones arqueológicas en Tunjuelito: informe preliminar. *Revista Colombiana de Antropología*, vol. X (año de 1961), pp. 341-346.
- CASTELLANOS, JUAN DE, 1886.—Historia del Nuevo Reino de Granada. Madrid: Colección de Escritores Castellanos—Historiadores. Imprenta de A. Pérez Dubrull. 2 vols.
- HAURY, EMIL W., y CUBILLOS, JULIO CÉSAR, 1953.—Investigaciones arqueológicas en la Sabana de Bogotá, Colombia (Cultura Chibcha). Tucson, Ariz: *University of Arizona Bulletin*, vol. XXIV, Nº 2 (April), *Social Science Bulletin*, Nº 2.



Figura 1 - Estructura número 1

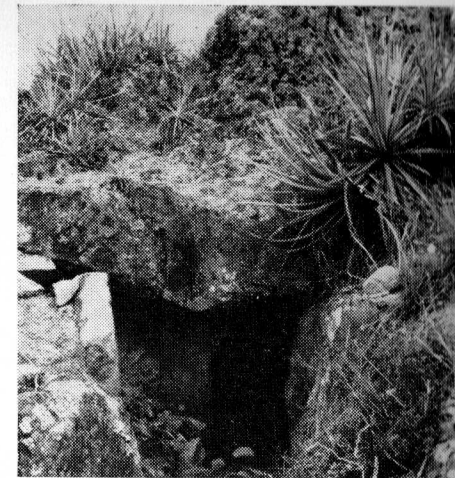


Figura 2 - Estructura número 2

Fotografía: SCOTT SEEGARS

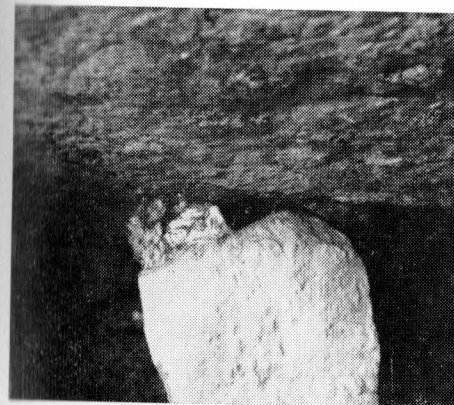


Figura 3 - Calafateadura entre el borde superior de una laja vertical y el techo. Número 1.



Figura 4 - El Horno